

La relatividad conceptual y el problema de la verdad: Bases para un realismo ontológico moderado¹

Antonio Diéguez²

1 Replucación autorizada. Publicado por primera vez en *Contrastes* vol. XII (2007)

2 Universidad de Málaga

Resumen

Algunos defensores del realismo científico, particularmente Ilkka Niiniluoto y Philip Kitcher, han intentado moderar las tesis ontológicas más fuertes del realismo buscando la integración de la teoría de la verdad como correspondencia con alguna versión matizada del relativismo conceptual propugnado por Putnam, según el cual el mundo carece de una estructura propia y, por tanto, la ontología depende de nuestros esquemas conceptuales. No es claro, sin embargo, que ambas cosas se puedan armonizar fácilmente. Si nuestro conocimiento del mundo está mediado por nuestras categorías y conceptos, y si además la elección de esas categorías y conceptos puede variar en función de nuestros intereses y no obedecen a la existencia de unos supuestos géneros naturales o a una estructura propia del mundo, se torna entonces problemático establecer a qué corresponden nuestros enunciados verdaderos. ¿Corresponden al mundo independiente de nuestra mente (un mundo que, si asumimos la relatividad conceptual de forma estricta, carecería de estructura ontológica propia) o al mundo estructurado por nosotros mediante nuestras categorías y conceptos? En este artículo se presentarán las principales dificultades que encuentra este proyecto de realismo moderado tanto en Niiniluoto como en Kitcher, se analizarán sus propuestas para solventar dichas dificultades, mostrando sus insuficiencias y, finalmente, se propondrá una modalidad de

realismo ontológico moderado que, recogiendo algo del espíritu de la relatividad conceptual de Putnam, es lo suficientemente fuerte como para sustentar una teoría de la verdad como correspondencia.

Palabras clave: Relatividad conceptual, verdad como correspondencia, realismo ontológico, realismo científico.

Abstract

Some proponents of Scientific Realism, specially Ilkka Niiniluoto and Philip Kitcher, have tried to moderate the strongest ontological realist thesis with the aim of making compatible the correspondence theory of truth with some version of Putnam's conceptual relativity (i. e., the claim that the world does not have an intrinsic structure and, then, that ontology depends on our conceptual schemes). However, it is not quite clear that both things could be harmonized. If our knowledge about the world is mediated by our categories and concepts, and if the selection of these categories and concepts may vary according to our interests, and they are not the consequence of the existence of certain supposed natural kinds or some intrinsic structure of the world, it is very problematic to establish what our true statements correspond to. Do they correspond to a world independent of our mind but lacking of any own structure, or do they correspond to a world structured by our categories and concepts? This paper analyzes the main difficulties in this project and the proposals to solve them. Finally, a modal-

ity of moderate ontological realism will be proposed that, despite of keeping the spirit of the conceptual relativity, is strong enough to support a correspondence theory of truth.

Key words: Conceptual relativity, correspondence theory of truth, ontological realism, scientific realism.

1. La relatividad conceptual y el realismo

Bajo la influencia de la relatividad ontológica de Quine y en estrecha relación después con el pluralismo constructivista *sui generis* de Nelson Goodman, Hilary Putnam ha venido defendiendo desde mediados de los 70 la tesis de la relatividad conceptual¹. Esta tesis sostiene que

¹ Pese a sus similitudes, la relatividad ontológica de Quine y la relatividad conceptual de Putnam no son, sin embargo, la misma cosa. De hecho, Putnam rechaza la primera (Putnam 1983, pp. XII-XIII), e incluso considera que cualquier postura filosófica que conduzca a ella, como en su opinión hace el realismo metafísico, queda refutada por reducción al absurdo “pues ¿qué sentido podemos darle a la idea de que el mundo consiste en objetos cualquiera de los cuales es un quark en un modelo admisible, la Torre Eiffel en un segundo modelo admisible, yo mismo en un tercer modelo admisible, pero intrínsecamente no es una de estas cosas más que cualquier otra? Ciertamente la noción misma de ‘objeto’ se desmorona si aceptamos esto.” (Putnam 1994, p. 280). Ambas tesis coinciden en que la ontología es dependiente de nuestras teorías. Pero la relatividad ontológica implicaría que un objeto en un esquema conceptual puede ser cualquier otro objeto en otro sistema conceptual, es decir, que la referencia está indeterminada. La relatividad conceptual, en cambio, se limita a afirmar que la pregunta ‘¿cuántos objetos hay?’ sólo tiene sentido formulada en el marco de un sistema conceptual, pero, una vez elegido el marco conceptual, hay “hechos externos” que nos dicen cuáles son los objetos que hay, o dicho de otro modo, una vez elegido el marco conceptual, “los objetos caen intrínsecamente bajo ciertas etiquetas” (Putnam 1981, p. 54), si elegimos utilizar el concepto de estrella tal como lo empleamos en astronomía, Sirio cae entonces, queramos o no, bajo ese concepto; la referencia no está, pues, indeterminada. Pese a estas diferencias, Susan Haack estima, sin embargo, que ambas tesis son igualmente radicales y llevan a las mismas consecuencias relativistas (Haack 1998, cap. 9). Más marcada aún es la diferencia entre relatividad conceptual y el “hacer mundos” de Goodman. Putnam niega expresamente que podamos decir sensatamente que nuestra mente hace mundos (en el sentido

el mundo admite muchas formas diferentes, pero todas igualmente legítimas, de ser representado o “mapeado”, y que, dado que en cada una de ellas la ontología atribuida al mundo puede variar, “la propiedad de *ser un objeto* [...] será relativa a la teoría (theory-relative)” (Putnam 1978, p. 132).² En la física, por ejemplo, podemos explicar los fenómenos electromagnéticos y la gravedad bien mediante teorías que postulen la acción a distancia entre cuerpos, bien mediante teorías que postulen la acción de campos (electromagnéticos y gravitatorios) que median entre los objetos. Y no podemos seleccionar una de estas representaciones como la única correcta. Por ello Putnam llega a afirmar que “los ‘objetos’ no existen independientemente de los esquemas conceptuales. *Nosotros* cortamos el mundo en objetos cuando introducimos uno u otro esquema de descripción” (Putnam 1981, p. 52). Dicho de otro modo, el mundo carece de una estructura ontológica propia, no está en ese sentido “prefabricado” (*ready-made*). La estructura ontológica del mundo dependerá del esquema conceptual desde el que éste se contemple. La idea de que el mundo tiene una estructura propia que nuestros lenguajes o nuestra mente se limita a reflejar ha sido llamada por Raimo Tuomela (1985, p. 22) ‘el mito ontológico de lo dado’. La versión lingüística del mito de lo dado sería, por su parte, la idea de que hay un lenguaje o marco conceptual privilegiado para describir el mundo. La posición de Putnam

de que lo crea, que actúa como causa productora de la realidad).

² Más recientemente Putnam ha introducido una distinción entre relatividad conceptual y pluralismo conceptual. El pluralismo conceptual sería el mero hecho de que ciertas cosas pueden ser descritas desde vocabularios diferentes. Por ejemplo, podemos describir una habitación con el vocabulario común o con el vocabulario de la física. La relatividad conceptual, sin embargo, sería algo más que eso. Para que se pueda hablar de relatividad conceptual las descripciones deben ser cognitivamente equivalentes e incompatibles. Es decir, ambas descripciones deben poder explicar las mismas cosas, pero como tales descripciones no pueden ser reunidas (Putnam 2004, p. 48).

implicaría el rechazo de ambas versiones del mito.

La relatividad conceptual parece en principio una tesis claramente antirrealista, ya que hace depender de nuestros esquemas conceptuales y, por tanto, en última instancia, de nuestra mente, la ontología que atribuimos al mundo. Sin embargo, Putnam la presenta como una pieza fundamental de su llamado ‘realismo interno’: “El realismo interno –escribe– es, en el fondo, sólo la insistencia de que el realismo no es incompatible con la relatividad conceptual” (Putnam 1987, p. 17). Putnam cree, en efecto, que la aceptación de la relatividad conceptual es la forma de salvar al realismo de los errores tradicionales que él describe reunidos en una posición denominada ‘realismo metafísico’ y que se caracteriza por sostener que “hay una totalidad de Formas, o Universales, o “propiedades”, fijadas de una vez para siempre, y todo posible significado de una palabra corresponde a una de estas Formas o Universales o propiedades.” (Putnam 1999, p. 6). Por otro lado, la relatividad conceptual se opone, según Putnam, a otra pieza central del realismo (metafísico), al concepto de verdad como correspondencia, al menos entendido como una correspondencia única entre teorías y mundo:

¿Por qué no habría de haber en ocasiones esquemas conceptuales coherentes pero incompatibles que encajaran igualmente bien con nuestras creencias experienciales? Si la verdad no es una correspondencia (única) entonces la posibilidad de un cierto pluralismo se abre ante nosotros. Pero la motivación del realista metafísico es salvar la noción del Punto de Vista del Ojo de Dios, i. e., de Una Teoría Verdadera. (Putnam 1981, p. 73).

En otras palabras, “si se *identifica* el realismo con la opinión de que hay ‘una teoría verdadera de todo’ (y exactamente una), entonces el realismo es precisamente la *negación* de que haya una pluralidad de ‘descripciones equivalentes’ del mundo” (Putnam 1983, p. 26). Putnam

considera que la teoría de la verdad como correspondencia requiere o bien postular una intuición intelectual que nos permita acceder directamente a la esencia de las cosas (algo que ningún filósofo actual estaría dispuesto a aceptar) o bien postular una estructura intrínseca del mundo capaz ella misma de determinar una sola correspondencia entre nuestro lenguaje y el mundo (que sería la tesis realista) (Putnam 1983, p. 225). El fenómeno de la relatividad conceptual vendría, sin embargo, a echar por tierra esta última esperanza del realista. Si no hay objetos ni hechos estructurados independientes de la mente (o de nuestros esquemas conceptuales), no tiene sentido postular una relación de correspondencia entre nuestros enunciados y los hechos independientes de la mente. Durante al menos un par de décadas Putnam defendió en coherencia con esto una noción epistémica de la verdad según la cual ésta debe entenderse como la justificabilidad en condiciones epistémicas ideales (si bien desde mediados de los noventa declara haber abandonado esta concepción de la verdad).

Putnam caracteriza también la relatividad conceptual como el rechazo de la dicotomía fenómeno/noúmeno, o lo que es igual, la distinción entre lo que ponemos nosotros en el conocimiento y lo que pone el mundo, lo proyectado y las propiedades de las cosas en sí mismas. Su preferencia por esta forma de definirlo ha ido en aumento. El realismo interno declara, en última instancia, que la noción de *cosa en sí* es vacía y, por tanto, carece de sentido. Putnam cree incluso que es posible leer a Kant de este modo, aunque reconoce que Kant mismo dio pie a otras lecturas (Putnam 1987, pp. 36 y 41 y ss.). Más detalladamente, la relatividad conceptual implica que es errónea una metáfora de raíz kantiana muy socorrida por el realismo –y que, dicho sea de paso, el propio Putnam fomentó en algunas de sus presentaciones iniciales de la

relatividad conceptual–: la metáfora del pastel nouménico cortado de diferentes formas por nuestros esquemas conceptuales. Es una metáfora errónea por la sencilla razón de que no existe un mundo nouménico, un mundo pre-conceptualizado pero con propiedades intrínsecas.³

La cuestión es si después de todo esto queda mucho de realismo en el realismo interno. Putnam quiere salvar ante todo un realismo de sentido común para el cual existen las sillas y las mesas, e incluso los electrones, los quarks y otras entidades postuladas por la ciencia (Putnam 1987, pp. 16 y 37). Sin embargo, como acabamos de decir, no acepta la teoría de la verdad como correspondencia y, aunque no niega que de algún modo

³ En otro lugar insiste en esta misma idea, aunque la formulación, de inspiración deweyana, resulta un tanto paradójica: “La doctrina de la relatividad conceptual, dicho brevemente, consiste en que mientras que en todo lo que decimos que es verdadero hay un aspecto de convencionalidad y un aspecto de hecho, caemos en un irremediable error filosófico si cometemos una “falacia de división” y concluimos que debe haber una parte de la verdad que es la “parte convencional” y una parte que es la “parte factual”.” (Putnam 1990, p. X). Ante esta formulación el realista puede preguntarse si, dado que hay un aspecto convencional y un aspecto fáctico en nuestras verdades, no cabe intentar determinar cuál es cada cual y a qué obedece la existencia de ese aspecto fáctico. Bastantes páginas después Putnam intenta aclarar por qué no puede hacerse esto: “Los realistas tienden a suponer que es posible trazar una línea definida entre “los hechos” y “lo que nosotros proyectamos sobre los hechos” (o entre “los hechos” y nuestras “convenciones”). Lo que la obra de Quine sugiere es que no puede trazarse ninguna línea así. No podemos traducir la palabra china *mo* [una palabra que en principio puede significar tanto ‘gato’ como ‘gateidad’] de cualquier manera. (Traducir *mo* como “conejo” sería simplemente un error). Pero de ahí no se sigue que haya alguna cuestión de hecho (fact of the matter) en lo que se refiere a si *mo* “corresponde” a conejos o a conejeidad.” (Putnam 1990, p. 274). Putnam está diciendo, pues, que los aspectos factuales están entrelazados inseparablemente de los convencionales y que cualquier distinción entre ellos será siempre difusa y gradual: “incluso cuando vemos una “realidad” tal como un árbol, la posibilidad de esta percepción es dependiente de un esquema conceptual completo, de un lenguaje en vigor. Lo que es factual y lo que es convencional es una cuestión de grado; no podemos decir, “Estos y estos elementos del mundo son hechos brutos; el resto es convención o una mezcla de estos hechos brutos y convención”. (Putnam 1990, p. 28).

pueda hablarse de una realidad independiente de la mente, una realidad que no es, por tanto, producto de ella (Putnam 1981, pp. 61-62 y 1999, p. 6), considera asimismo que entre mente y mundo se da, utilizando un término husserliano, un mutuo constituirse (“la mente y el mundo construyen conjuntamente la mente y el mundo” (Putnam 1981, p. XI)).⁴ Es más, la realidad está tan penetrada por nuestros lenguajes que sería confundente describirnos a nosotros mismos como “mapeadores” de una realidad independiente de nuestros lenguajes (Putnam 1990, p. 28). No es de extrañar que para casi todos los realistas el realismo interno sea en verdad una forma de antirrealismo, cuando no directamente de idealismo, y que alguno haya llegado a hablar del “renegado Putnam”.

No obstante, aunque han sido muchas las críticas realizadas contra el realismo interno desde el lado realista, la propuesta de la relatividad conceptual ha puesto su semilla en el propio campo realista, que, por cierto, ya estaba bien abonado para que germinara dada la marcada orientación kantiana de buena parte del realismo contemporáneo. Algunos defensores del realismo científico, particularmente Ilkka Niiniluoto y Philip Kitcher, han intentado moderar las tesis ontológicas más fuertes del realismo buscando la integración de la teoría de la verdad como

⁴ Dermont Moran (2000, p. 96) intenta resolver esta cuestión interpretando que Putnam (al igual que Kant) distingue entre un concepto de independencia de lo mental relativo a nosotros y un concepto absoluto de independencia de lo mental. Según el primero, los *objetos* son independientes de la mente en el sentido de que no necesitan que alguien los piense para existir. Según el segundo, los *objetos* son lo que son con total independencia de nuestros esquemas conceptuales, desde el punto de vista del ojo de Dios. El primer sentido sería admisible para Putnam, el segundo no. Sea como sea, lo cierto es que el propio Putnam se encarga de aclarar que la relatividad conceptual no debe entenderse como que las cosas son lo que son dependiendo de nuestros lenguajes, tesis que califica de ‘idealismo lingüístico’ y que atribuye a Rorty. Que el cielo sea azul es algo independiente de nuestra forma de hablar (Putnam 1994, p. 301). teorías crecientemente verosímiles

correspondencia con alguna versión matizada del relativismo conceptual. No es claro, sin embargo, que tal cosa sea factible. En lo que sigue analizaremos la cuestión y haremos una propuesta que posibilitaría dicha integración.

2. Las propuestas de integración de Niiniluoto y Kitcher

Desde hace ya más de dos décadas, Ilkka Niiniluoto ha sido uno de los principales valedores de la tesis según la cual la ciencia progresa en el sentido de que nos proporciona teorías crecientemente verosímiles⁵. Ha desarrollado a tal efecto una noción rigurosa de verosimilitud que pretende superar las deficiencias de la noción popperiana. Su posición acerca de la noción de verdad es la misma que terminó adoptando Popper, esto es, acepta la teoría de la verdad como correspondencia a la que considera vindicada por la semántica tarskiana. Precisamente el análisis tarskiano de la verdad proporciona un primer indicio de que la teoría de la verdad como correspondencia no es incompatible con la relatividad conceptual. Para Tarski (y para Niiniluoto) la verdad es siempre relativa a un lenguaje *L*, y lo mismo cabe decir de la verosimilitud (Niiniluoto 1999, p. 216). Pero el realismo científico crítico que Niiniluoto defiende no es el realismo metafísico al modo que Putnam lo caracteriza. Y la diferencia fundamental está en que Niiniluoto, al igual que Putnam, rechaza la idea de un mundo prefabricado, un mundo con una estructura intrínseca acabada que el sujeto cognoscente únicamente se limitaría a copiar. El sujeto tiene un papel activo en la estructuración del mundo. El mundo es independiente de nuestra mente, pero las estructuras con que se nos presenta provienen de nuestros lenguajes y esquemas conceptuales, a excepción de una estructura básica espacio-temporal y

causal que Niiniluoto sí le reconoce como propia (Niiniluoto 1999, p. 219).

Pero si el realismo metafísico es erróneo, Niiniluoto también considera que el realismo interno de Putnam es demasiado débil como para ser tenido por un auténtico realismo, equivocándose particularmente en su rechazo de la teoría (no epistémica) de la verdad como correspondencia para poner en su lugar una teoría pragmatista (epistémica) de la verdad. “Un realista razonable –escribe– no debe aceptar ni el realismo metafísico ni el realismo interno en el sentido de Putnam. El realismo semántico es compatible con el pluralismo ontológico: la teoría no-epistémica de la verdad como correspondencia puede combinarse con la idea de que los *objetos* pueden ser individuados e identificados de modos alternativos a través de diferentes sistemas conceptuales” (Niiniluoto 1999, p. 205). Y más adelante reitera: “EL MUNDO no contiene objetos individuales auto-identificantes, sino que puede ser categorizado en objetos en diversos modos alternativos relativos a nuestros esquemas conceptuales y que se solapan. Por ejemplo, dependiendo de la elección de un marco conceptual apropiado, EL MUNDO puede ser ‘cortado’ o ‘estructurado’ como un sistema de eventos momentáneos, como puntos con masa, como sistemas físicos, etc.” (Niiniluoto 1999, p. 222).

Niiniluoto considera que EL MUNDO, esto es, el mundo real, es independiente de nuestra mente, si bien podemos conceptualizarlo de muy diversas maneras. Por lo tanto, acepta del realismo metafísico, tal como Putnam lo caracteriza, la teoría de la verdad como correspondencia, pero niega los otros dos elementos: la existencia de un mundo prefabricado y la idea de que sólo puede haber una única teoría completa y verdadera acerca del mundo. Niiniluoto intenta, pues, compatibilizar la relatividad conceptual con la teoría de la verdad como correspondencia. La relatividad conceptual,

⁵ Para una exposición de la filosofía de Niiniluoto puede verse el capítulo 8 de Diéguez (1998).

repetámoslo, niega la existencia de *objetos* independientes de nuestros esquemas conceptuales, pero no niega la existencia de un mundo independiente de esos esquemas. Niiniluoto no concibe ese MUNDO independiente como un mundo nouménico, pero no porque tal noción carezca de sentido, como cree Putnam, sino porque ese MUNDO, a diferencia del nouménico, es cognoscible, aunque sea de forma parcial y falible, y lo es dado que interactuamos con él causalmente: “El fenómeno kantiano puede ser interpretado como expresión de nuestro *conocimiento parcial* de las cosas como son ‘en sí mismas’ en la realidad independiente de la mente.” (Niiniluoto 1999, p. 91⁶).

Nuestros lenguajes o esquemas conceptuales al ser aplicados sobre el MUNDO determinan en él fragmentos o versiones del MUNDO. Cada una de ellos es el modo en que el MUNDO aparece en función de la capacidad expresiva de un lenguaje. Ninguna de estas estructuras relativas a un lenguaje puede ser, sin embargo, la única descripción adecuada del MUNDO. No hay un lenguaje perfecto. Pero la relatividad de estas estructuras a un lenguaje no debe hacer olvidar que todas son fragmentos del mismo MUNDO y que es éste posee ‘factualidad’, es decir, se nos resiste y es él el que tiene la última palabra acerca de qué estructuras le encajan mejor y, por ende, acerca de lo verdadero y lo falso en cada lenguaje. La información que nos proporcionan estas estructuras relativas a un lenguaje es por ello mismo una información (parcial) acerca del MUNDO (Niiniluoto 1984, p. 178, 1987, pp. 141-142 y 1999, pp. 222-223).

6 E. Gilson (1974, p. 174) ha captado esto con suma claridad: “Para el realista no existe el ‘nouménico’, en el sentido en que lo entiende el idealista. Toda vez que el conocimiento presupone la presencia de la cosa misma ante el entendimiento, no hay por qué suponer, detrás de la cosa que está en el pensamiento, un doble misterioso e incognoscible, que sería la cosa de la cosa que está en el pensamiento. Conocer no es aprehender una cosa tal como está en el pensamiento, sino, en el pensamiento aprehender la cosa tal como ella es”.

Por su parte, en su obra de 2001, *Science, Truth, and Democracy*, Philip Kitcher presenta un “realismo modesto” que es, en varios aspectos, más matizado que el introducido previamente en 1993 en su obra *The Advancement of Science*. El realismo modesto asume también la idea de que en la ciencia podemos representar el mundo de muy diversas maneras, sin que ninguna de ellas constituya una representación completa y verdadera, ya que no hay un lenguaje o un sistema conceptual privilegiado desde el cual se daría la única descripción correcta posible del mundo. Y asume que, aunque todas las representaciones que realmente estén en conformidad con la naturaleza han de ser consistentes, las representaciones que se aceptan por los científicos en un momento concreto de la historia no lo son habitualmente. Esto equivale a la negación de un “Punto de Vista del Ojo de Dios”. O, utilizando las palabras de Kitcher, es la negación de la tesis según la cual “[e]l mundo nos llega empaquetado en unidades, y una explicación adecuada de la verdad y la objetividad en las ciencias debe incorporar la idea de que buscamos, y a veces logramos, descripciones que corresponden a las divisiones naturales” (Kitcher 2001b, p. 43). Pese a ello, su propuesta no se identifica con el realismo interno de Putnam, ya que, al igual que Niiniluoto, sigue considerando que no puede renunciarse a la noción de verdad como correspondencia⁷.

Con el mismo espíritu y casi con la misma letra que la relatividad conceptual defendida por Putnam, el realismo modesto de Kitcher sostiene que “no hay una respuesta determinada para la pregunta ‘¿Cuántos objetos hay?’ y no hay ninguna posibilidad de concebir un inventar-

7 Aunque Kitcher no menciona a este respecto a Niiniluoto, sí considera expresamente (2001b, p. 205) que su realismo es similar al de Richard Miller y al de Jerrold Anderson, y en (2001a, nota 72) declara que quizás las últimas obras de Putnam estén cerca del realismo modesto que él propone.

io completo de la naturaleza.” (Kitcher 2001b, p. 45, 2001a, p. 196). Existe una realidad independiente de nuestra mente, pero ésta no viene con las etiquetas puestas. No está categorizada y estructurada de forma acabada con independencia de nuestros intereses y nuestros conceptos. El relativismo epistemológico, tan querido por muchos constructivistas, no está, sin embargo, justificado. No toda clasificación de la realidad vale tanto como cualquier otra. En función de nuestros intereses y propósitos, habrá lenguajes, y por tanto clasificaciones, más apropiados que otros. No podrán ser nunca tenidos por los más apropiados desde un punto de vista absoluto, es decir, en todos los contextos y para cualquier propósito, y en esto el relativista tiene razón, pero sí que podrán ser tenidos por tales en contextos determinados. En suma, no existe el lenguaje perfecto que nos dará la clasificación auténtica de los verdaderos géneros naturales, objetos y propiedades, porque sencillamente esa clasificación es siempre relativa a ciertos intereses y propósitos; sin embargo, para ciertos propósitos puede mostrarse que una clasificación es mejor que otra. Esto puede verse con lo que sucede en el caso de las especies biológicas, tal como son contempladas por la biología actual. Unas veces son distinguidas de acuerdo con criterios morfológicos (como en el caso de plantas con reproducción asexual), otras de acuerdo con su aislamiento reproductivo, pese a sus similitudes morfológicas, (como en el caso de las especies gemelas), otras de acuerdo con criterios moleculares (como en el caso de bacterias y virus). La división en especies depende, pues, de los intereses de los científicos en cada situación, pero en cada contexto es preferible una división a las otras. Además, a diferencia de lo que sostiene el relativista, para el realismo modesto de Kitcher, dentro de cada lenguaje pueden formularse verdades acerca del mundo y, con mayores o menores dificultades, es-

tas verdades pueden ser vertidas en los otros lenguajes (Kitcher 2001b pp. 45-49⁸).

Kitcher intenta disipar las dificultades de comprensión que ofrece esta posición intermedia entre el realismo metafísico y el constructivismo relativista recurriendo a una imagen con cierta tradición ya en la literatura sobre el realismo: me refiero a la elaboración de mapas.

La historia de la elaboración de mapas – escribe– ilustra el realismo modesto con el que comencé. Consideremos *algunos* de los mapas que ofrecieron los geógrafos del pasado, mapas de todo el globo. Los mapas más tardíos parecen superiores a los anteriores en dos principales aspectos. En primer lugar, incluyen entidades que fueron previamente omitidas, siendo los ejemplos más llamativos el Nuevo Mundo y Australasia. En segundo lugar, sus representaciones de las relaciones espaciales entre las entidades habitualmente representadas son más exactas; los márgenes de los diversos países siguen más estrechamente las líneas de costa reales. Hacemos estos juicios sin creer que alguno de los mapas producidos alguna vez es completamente exacto, e incluso admitiendo la posibilidad de que los mapas anteriores pueden ocasionalmente proporcionar una representación más exacta de algunos ras-

8 Conviene aclarar que el pluralismo que Kitcher defiende acerca del concepto de especie no se identifica con convencionalismo, sino que sigue siendo realista. Según el convencionalismo, dependiendo de los intereses de los taxonomistas cabe realizar diferentes clasificaciones taxonómicas todas igualmente legítimas. Los convencionalistas ven en la diversidad de conceptos de especie una razón para negar que exista la categoría de especie en la realidad. Lo que llamamos ‘especie’ son cosas muy diferentes en cada caso, y su distinción de otros taxa es problemática (Stanford, 1995 y Ereshefsky 1998). En cambio, según el pluralismo realista de Kitcher, hay diferentes conceptos de especie, todos legítimos, pero cada uno de ellos se aplica correctamente sólo a ciertos grupos de organismos, y para cada grupo sólo uno de estos conceptos es el adecuado. Las especies serían clases realmente existentes de individuos relacionados por “relaciones biológicas interesantes”. Ahora bien, esas relaciones pueden ser diversas y ser tomadas de diversas formas, de modo que no hay un modo único de generar clasificaciones taxonómicas, sino que éstas dependerán en cierta medida de los intereses de los biólogos (Kitcher, 1984).

gos locales, y que el tipo de convergencia que apreciamos visualmente no tiene por qué ser monotónica. (Kitcher 2001b, p. 55).

Uno de los primeros en utilizar la metáfora de las teorías científicas como mapas fue Stephen Toulmin, y lo hizo curiosamente para defender un cierto instrumentalismo. Más recientemente ha sido utilizada también por Ronald Giere para defender un realismo más modesto aún que el de Kitcher, ya que renuncia a la pretensión de que las teorías científicas sean (aproximadamente) verdaderas en el sentido de la verdad como correspondencia, aunque en otros aspectos muy cercano a él (Toulmin 1953, cap. 4 y Giere 1999)⁹.

Los mapas son siempre parciales, selectivos y con elementos convencionales. Sólo pueden ofrecernos una perspectiva de la realidad en función de nuestros

propósitos al elaborarlos ya que, dependiendo de tales propósitos, se elegirán unas entidades u otras como objeto de representación, así como unas convenciones de lectura u otras. Un mapa político escogerá aspectos de la realidad diferentes de los de un mapa meteorológico, o de los de un mapa de carreteras, un mapa económico o un mapa de composición del terreno, y los representará mediante signos convencionales distintos. Todos pueden estar referidos a la misma región y, sin embargo, la representación que ofrezcan de ella será muy distinta. No tiene sentido además postular un mapa que sea exhaustivamente completo y correcto, pues ni siquiera lo sería, podríamos añadir, aquel mapa borgiano de un imperio que, desplegado, coincidía con el propio imperio, ya que inevitablemente sería selectivo en algunos aspectos. O dicho de otra manera, no hay una única forma correcta de elaborar un mapa. Ahora bien, frente a lo que sostiene Giere, Kitcher piensa que los mapas pueden ser calificados de verdaderos (aunque sea de forma aproximada) o de falsos. Un mapa de España en el que Madrid esté situada más cerca de Valencia que de Toledo o en el que el Guadalquivir desemboque en el Cantábrico no sería sólo un mapa inexacto o no ajustado. Podría decirse de él sin violentar los términos que sería un mapa falso. Manteniendo la analogía con el modo en que representan la realidad las teorías científicas, también éstas serán siempre parciales y ligadas a elementos convencionales de representación que pueden ser cambiantes en función de los intereses, pero aún así tendrá sentido hablar de verdad y falsedad acerca de sus afirmaciones sobre el mundo:

Como los mapas, las teorías y las hipótesis científicas, para ser buenas, deben ser verdaderas y precisas (o al menos aproximadamente verdaderas y con cierto grado de precisión). Pero hay más cosas a considerar en ambos casos que esta bondad. Más allá de esta condición necesaria hay una exigencia de significatividad (*significance*)

⁹ Giere considera también que el modo en que los mapas representan la realidad puede servir como analogía para clarificar el modo en que la representan las teorías y los modelos en la ciencia. A diferencia de Kitcher, Giere piensa sin embargo que los mapas no son ni verdaderos ni falsos, sino más o menos ajustados, detallados, exactos, etc. Por otro lado, Giere también se aleja del realismo de Kitcher al proponer, al menos como regla metodológica, que procedamos en la ciencia como si el mundo tuviera una estructura única (Giere 1999, pp. 82-83), lo cual excluye que dos modelos incompatibles acerca de los mismos fenómenos puedan considerarse ambos como igualmente ajustados con el mundo. Pese a ello, su realismo, al que llama 'constructivo' y a veces también 'perspectivo' (perspectival), está muy cercano al de Kitcher, como pone de relieve la siguiente cita: "Uno podría, pues, construir mapas que representen el mundo desde perspectivas diversas. En tal mundo incluso una ciencia realista muy exitosa bien podría contener conceptos individuales y relaciones inspiradas por intereses religiosos o de género. Es posible, por tanto, que nuestras teorías científicas actualmente aceptables encarnen valores culturales y sin embargo posean muchas virtudes genuinamente representacionales. / Aquí tenemos un modo de combinar lo que hay de valioso en el constructivismo y en el realismo, pero ello requiere abandonar la aplicabilidad universal de ambas opiniones. Podemos estar de acuerdo en que las representaciones científicas están socialmente construidas, pero entonces tenemos también que estar de acuerdo en que cabe descubrir que algunas representaciones socialmente construidas proporcionan una buena imagen de aspectos del mundo, mientras que otras son meros constructos con poca conexión genuina con el mundo." (p. 26).

que no puede ser entendida en términos de algún proyecto ideal –una ciencia completa, una Teoría de Todo, o un atlas ideal. (Kitcher 2001b, p. 61).

Esta cita nos sitúa en un punto adicional de la propuesta de Kitcher que particularmente en esta obra posee una enorme relevancia, si bien ya estaba presente en una forma incipiente en AS. La ciencia no tiene como objetivo el logro de la verdad sin más, sino la obtención de verdades significativas, del mismo modo que los mapas no representan por representar de forma fiel sin más, sino para servir a determinados intereses prácticos. En el caso de la ciencia, la significatividad no es, sin embargo, fundamentalmente práctica, como lo sería en los mapas, sino epistémica. Lo que importa en la ciencia es el logro de verdades epistémicamente significativas. Pero teniendo en cuenta que no hay algo así como una noción aceptable de ‘explicación significativa en todos los contextos’.

Este carácter contextual de la significatividad tiene importantes consecuencias en la práctica. No hay atlas ideales, ni clasificaciones ideales del mundo, ni explicaciones objetivas en todos los contextos. Esto significa que “la naturaleza está conformada por nuestros intereses pasados, lo cuales determinan parcialmente nuestras necesidades presentes, y de esas necesidades nacen nuestros intentos ulteriores de resolver los problemas que consideramos epistémica y prácticamente significativos” (Kitcher 2001b, p. 199).

3. Dificultades para armonizar la relatividad conceptual y la verdad como correspondencia

Tanto Niiniluoto como Kitcher intentan compaginar, pues, la aceptación de la noción de la verdad como *correspondencia* con un relativismo conceptual similar al propuesto por Putnam. Sus propuestas, por tanto, asumen algunos aspectos del

realismo interno, pero rechazan otros. Si, como sostiene Brian Ellis (Shankey 2002, nota 6), el realismo interno es la posición filosófica que niega que tengamos acceso epistémico al mundo nouménico y que considera que los objetos, la referencia y la realidad son relativos a los esquemas conceptuales, entonces podemos decir que se diferencia del realismo de Niiniluoto y de Kitcher en que éste, además de defender la teoría de la verdad como *correspondencia*, cosa que no hace aquél, sostiene que tenemos acceso al mundo tal como es en sí mismo (con lo que no tiene sentido hablar de nouménico) y que, aunque los objetos y la referencia puedan ser relativos a los esquemas conceptuales, la realidad como tal es independiente de ellos. Ahora bien, no es ni mucho menos claro que la relatividad conceptual y la teoría de la verdad como *correspondencia* se puedan armonizar fácilmente. Si nuestro conocimiento del mundo está mediado por nuestras categorías y conceptos, y si además la elección de esas categorías y conceptos puede variar en función de nuestros intereses y no obedecen a la existencia de unos supuestos géneros naturales o a una estructura propia del mundo, se torna entonces problemático establecer a qué corresponden nuestros enunciados verdaderos. ¿Corresponden al mundo independiente de nuestra mente (un mundo que, si asumimos la relatividad conceptual de forma estricta, carecería de estructura ontológica propia) o al mundo estructurado por nosotros mediante nuestras categorías y conceptos?

La primera alternativa, como advirtió el propio Putnam, carece de sentido, pues no puede hablarse de correspondencia entre nuestros enunciados y una realidad por completo desestructurada¹⁰. Por lo tanto, hemos de quedarnos con la segunda alternativa: cuando decimos que un enunciado es verdadero esto significa

¹⁰ No obstante, véase Horgan & Potrč (2000) para una exploración sugerente de esta posibilidad.

que hay una correspondencia entre dicho enunciado y el mundo tal como se configura estructurado por nuestros lenguajes. Pero si lo interpretamos así, el realismo científico crítico de Niiniluoto y el realismo modesto de Kitcher pueden ser enfrentados al mismo obstáculo con el que se enfrentó el idealismo trascendental kantiano para definir el concepto de verdad. Para el idealismo trascendental la correspondencia de nuestros enunciados no puede ser con un mundo nouménico, sino con un mundo fenoménico y, por tanto, con un mundo construido por nosotros. En principio, y pese a que no todos los que han considerado la cuestión lo ven así (como muestra el caso del propio Putnam), no es imposible entender de forma no-realista la teoría de la verdad como correspondencia. Dicha teoría sostiene que un enunciado es verdadero si lo que dice se corresponde con lo que sucede en la realidad, pero deja abierto el modo en que concebimos esa realidad. Podríamos entenderla como una realidad independiente de la mente o como una realidad construida o, al menos, estructurada por nuestra mente. De esta última forma, por ejemplo, la entendió no sólo Kant, sino también el filósofo idealista británico de principios del siglo XX J. M. E. McTaggart. Sin embargo, esta alternativa está sujeta a una posible objeción. ¿Podemos seguir hablando en tal caso de ‘correspondencia’? ¿No se trataría más bien de una mera coherencia entre representaciones del mundo; entre el aspecto de una versión del mundo ofrecida por un enunciado y la versión construida en un acto concreto de experiencia? Así lo sería en mi opinión si no hubiera ninguna capacidad de constricción por parte del mundo sobre las versiones o estructuraciones que podamos forjar en nuestra mente. Una correspondencia de nuestras ideas con hechos completamente dependientes de las mismas no sería más que una mera coherencia entre ideas. La clave está, pues, en que de

algún modo el mundo tenga también su palabra, que sea algo perteneciente al mundo lo que haga verdaderos o falsos nuestros enunciados.¹¹

Cierto es que Kitcher y Niiniluoto, al igual que Kant, pero con mayor congruencia que éste¹², apelan a nuestra relación causal (y preconceptual) con el mundo y niegan la distinción fenómeno/noúmeno basándose en que esa relación causal nos permite un acceso al mundo como tal. Pero eso no soluciona el problema. Podríamos decir que los enunciados verdaderos se corresponden con una realidad estructurada conceptualmente, y ésta a su vez es el resultado de la selección que se produce al aplicar nuestros conceptos y categorías a un mundo independiente de nuestra mente y carente de estructura, pero con el que interactuamos causalmente. De este modo, el mundo seleccionaría causalmente qué enunciados son verdaderos. Ahora bien, esa interacción causal permitiría a lo sumo señalar los enunciados que tienen éxito

11 El no percibir esto claramente y desarrollar una explicación plausible es la principal deficiencia que encuentro en el, por otra parte, interesante intento de Michael P. Lynch (1998) de hacer compatible la relatividad conceptual (o el pluralismo, como el prefiere llamarlo) con la teoría de la verdad como correspondencia. Lynch admite que hay un mundo compartido que representamos mediante nuestros esquemas conceptuales, aunque niega que podamos hablar de hechos absolutos, independientes de cualquier esquema conceptual. El mundo compartido no tiene una estructura única, pero tampoco es una masa nouménica. Lynch considera que es simplemente el mundo en el que vivimos y, aunque es único, sólo podemos concebirlo a través de nuestros esquemas conceptuales y no tal como es en sí. No obstante, esto deja sin aclarar el problema que nos planteamos: ¿Cómo compaginar la idea de que no hay ningún hecho absoluto e independiente de nuestros esquemas conceptuales con la idea de que lo que hace verdaderos nuestros enunciados es cierta correspondencia con el mundo?

12 Como ya señalaron sus primeros críticos, Kant no puede apelar coherentemente a una relación causal entre el mundo nouménico y nuestras facultades cognitivas, ya que la categoría de causalidad sólo puede ser aplicada, según su filosofía, a los fenómenos, es decir, al ámbito empírico. Sobre los complejos problemas que presenta la noción de verdad dentro de la filosofía kantiana puede leerse el libro de Juan Miguel Palacios (1979). Ver también Putnam (1981), pp. 60-64.

en la realización de la misma, pero no bastaría para establecer con sentido la correspondencia de los enunciados formulados con respecto a algo carente de estructura propia. Entre otras razones porque esa correspondencia no es una relación causal (podemos hablar de una correspondencia entre un enunciado y un suceso futuro no relacionado causalmente con nosotros).

Niiniluoto se plantea con cierto detalle este problema (Niiniluoto 1999, pp. 224-226). Para solventarlo, distingue entre *hechos no-identificados* (*unidentified facts*), que serían los hechos tal como se dan en el mundo con independencia de nuestras conceptualizaciones del mismo, y *hechos identificados*, que serían los hechos pertenecientes a una de nuestras estructuraciones del mundo¹³. Según Niiniluoto un enunciado que sea verdadero con respecto a una determinada estructuración conceptual del mundo, es decir, con respecto a ciertos *hechos identificados*, lo será también con respecto al mundo a secas, es decir, con respecto a los *hechos no-identificados*, ya que cualquier estructuración conceptual está determinada únicamente por el lenguaje elegido y por el mundo independiente de nuestra mente; y después de todo, “el MUNDO [independiente de nuestra mente] no cambia de ningún modo cuando damos una descripción de él” (Niiniluoto 1999, p. 219). Los *hechos identificados* pertenecen, pues, al mismo mundo que los no-identificados. No se trata de algo intermedio entre nosotros y el mundo, sino sólo de los mismos *hechos no-identifica-*

dos tal como son descritos por medio de un lenguaje.

Pero claramente, un recurso como éste es, en el fondo, un reconocimiento implícito de que el mundo tiene algún tipo de estructura propia, aunque sea una en la que los hechos –los eventos o “estados de cosas” que pueden darse de acuerdo con dicha estructura– no estén todavía identificados mediante categorías o conceptos humanos y, cuando sean identificados, puedan serlo de diversas maneras. Si no fuera así, ¿por qué no todas las descripciones son posibles? Niiniluoto, como dijimos antes, reconoce de hecho que el mundo posee una estructura espacio-temporal intrínseca y que obedece leyes naturales causales. Por lo tanto, aunque sea muy básica, al menos posee una estructura que no proviene de nuestros lenguajes o esquemas conceptuales¹⁴.

Ni para Kitcher ni para Niiniluoto, el mundo independiente de nuestra mente es completamente maleable por medio de nuestros esquemas conceptuales. No podemos imponerle arbitrariamente cualquier estructuración y pretender que funcione en la práctica. Como hemos dicho, Niiniluoto llama ‘factualidad’ a esta resistencia que el mundo ofrece al intento de encajarlo en cualquier estructuración conceptual. Ahora bien, si se rechaza la idea de que el mundo posee una cierta estructura previa, es dudoso

13 Y no sólo habla de *hechos no-identificados*, que serían los que formarían el MUNDO, mientras que los *hechos identificados* formarían las versiones del mundo, sino que habla también de objetos no-identificados (UFO, por *unidentified flying objects*) y de objetos identificados (IFO) (Niiniluoto 1999, pp. 221-222). Dado que los primeros forman parte del MUNDO, Niiniluoto admite finalmente que en cierto sentido del término ‘objeto’ (es decir, objetos no auto-identificantes, trozos del MUNDO potencialmente identificables de modos diversos) hay objetos independientes de nuestros sistemas conceptuales.

14 Por otra parte, Niiniluoto postula una ontología básica constituida por propiedades instanciadas en un lugar del espacio y un momento del tiempo, tales como el-color-marrón-de-la-mesa-sobre-la-que-ahora-escribo. Esas cualidades individualizadas han sido denominadas ‘tropos’. La propiedad de ser marrón sería la clase de los tropos similares y, como clase, es una construcción humana. Los objetos serían sumas mereológicas de tropos que pueden ser seleccionados de formas diversas (Niiniluoto 1999, p. 30). De nuevo, no está claro cómo concebir los ‘tropos’, que son independientes de nuestra mente, si no es como un cierto tipo de estructura intrínseca del mundo. Sobre el tipo de realismo ontológico defendido por Niiniluoto y sus diferencias con la posición de Putnam (y la de Quine) puede consultarse la lúcida y detallada discusión de Sami Pihlström en su (1996), cap. 4.

que se pueda explicar satisfactoriamente por qué acepta bien unas clasificaciones y se resiste a otras. Los mapas son más o menos exactos, más o menos verdaderos. Un mapa del metro de Londres no sirve para guiarnos por el metro de París. E incluso todos los mapas posibles del metro de Londres, si es que son efectivos, deben mantener una cierta similitud estructural; no toda estructura de vías y estaciones, de cruces y transbordos, les vale. Kitcher sostiene incluso –y en esto se distancia de la relatividad conceptual tal como la entiende Putnam– que las diferentes estructuraciones que podemos darle al mundo deben conducir a verdades consistentes entre sí: “Diferentes modos de dividir la naturaleza en objetos producirán diferentes representaciones de la realidad. Los usuarios de diferentes esquemas de representación pueden encontrar difícil coordinar sus lenguajes. Sin embargo, entendidas adecuadamente, las verdades que enuncian son completamente consistentes” (Kitcher 2001b, p. 47). Pero si todo ello es así, ¿qué podría garantizar esa consistencia excepto que tales lenguajes se están refiriendo a una misma realidad con una estructura intrínseca que no depende de ellos aunque pueda ser parcialmente seleccionada de formas diversas?

Tiene interés a este respecto saber que, de acuerdo con algunos experimentos psicológicos, un estímulo visual carente por completo de estructura no puede ser percibido; la existencia de estímulos estructurados es necesaria para que se dé la percepción visual. Esa estructuración debe provenir necesariamente, no de nuestra mente, pues entonces no se explicaría el resultado de los experimentos, sino de una realidad ella misma de alguna forma estructurada. Una masa nouménica, desestructurada y homogénea, sería, pues, simplemente imperceptible. Y esto no es incompatible con el hecho bien conocido de que nuestra percepción, que por una parte es selectiva, procesa también

lo que nos llega desde los estímulos sensoriales. Esto significa que la estructura del mundo que es responsable de la estructuración de los estímulos no es necesariamente la estructura que finalmente le atribuimos. Nuestra mente tiene un papel activo, constructivo si se quiere llamarlo así. Elabora de forma más o menos compleja el material que recibe a través de los sentidos¹⁵. Pero esta construcción no se alza sobre el noúmeno, sino sobre un mundo poseedor ya de cierta estructura (Boulter 2004).

Creo que puede introducirse algo más de claridad en este asunto si distinguimos entre tres formas diferentes de entender el realismo ontológico. Es decir, tres formas posibles de concretar cómo hemos de concebir el mundo independiente de nuestra mente. Las llamaré ‘Realismo Ontológico Platónico-aristotélico’ (ROPA), ‘Realismo Ontológico Moderado’ (ROM) y ‘Realismo Ontológico Kantiano’ (ROK). Respectivamente, esto es lo que afirmarían:

(ROPA): El mundo tiene una estructura intrínseca ontológicamente acabada y categorialmente completa (es un mundo prefabricado, que lleva las etiquetas puestas y consta de objetos que se auto-identifican). Dicha estructura dicta una sola descripción correcta y completa del mismo.

(ROM): El mundo tiene una estructura básica intrínseca compatible con diversas (y quizás potencialmente infinitas) imposiciones o divisiones por parte de nuestros esquemas conceptuales o

15 Un ejemplo bastante elemental de esta elaboración lo ofrece el fenómeno de la “constancia cromática” en los seres humanos, consistente en que, a pesar de variemos el color de la iluminación de un objeto, de modo que la composición espectral de las ondas que nos lleguen de ese objeto varíe también, solemos percibir el objeto en cada caso como poseyendo el mismo color. También podría citarse el fenómeno de las superficies y los contornos ilusorios, como el que produce el triángulo de Kanizsa, y los efectos de figura/fondo estudiados ya por la psicología de la Gestalt. Para una discusión de estos casos y sus consecuencias sobre las concepciones pasivista o activistas de la percepción puede verse Gregory (1994).

nuestros lenguajes; permite diversas versiones, pero dentro de unos límites marcados por dicha estructura. Es una estructura inacabada y al mismo tiempo inexhaustible desde el punto de vista de los intereses y capacidades de los seres humanos, y no dicta una única descripción ni está categorialmente prefabricada.

(ROK): El mundo carece de estructura intrínseca. Cualquier estructura con la que venga investido o sea representado proviene de nuestros esquemas conceptuales, categorías o lenguajes.

(ROPA) es ingenuo, y difícil de sostener después de las críticas pragmatistas, y muy especialmente las de Quine y Putnam, por no hablar de los diversos resultados en ciencias cognitivas que han dejado muy claro el papel activo de la mente (una mente incorporizada y, en buena medida, también una mente social) en el proceso de conocimiento y que han puesto de relieve el carácter creativo e imaginativo de nuestras capacidades conceptualizadoras y la profusión de conceptualizaciones alternativas (Lakoff 1987). (ROK), en cambio, –que es la posición de Putnam¹⁶ y, en ocasiones, parece ser la defendida también por Niiniluoto y Kitcher– es, como vengo argumentando, demasiado débil para sustentar sobre él un realismo comprometido con la teoría de la verdad como correspondencia; en tal sentido, Putnam fue coherente al abandonar dicha teoría en favor de una concepción pragmatista de la verdad. Por otra parte, no consigue

explicar satisfactoriamente por qué el mundo no es completamente maleable; por qué se resiste ante ciertas cosas que queramos hacer con él a través de nuestros lenguajes o esquemas conceptuales. Además, (ROK) es más implausible que sus alternativas desde un punto de vista evolucionista: si toda estructura del mundo proviene de nuestra mente, sería muy difícil explicar el valor adaptativo de nuestras capacidades cognitivas, ya que no cabría atribuir al mundo ningún papel en el éxito de dichas capacidades para manejarse en el entorno. En consecuencia, lo que sostengo, es que cualquier realismo que rechace (ROPA), debe aceptar (ROM).

(ROM) escapa a las críticas realizadas contra el dogmatismo y el fundacionalismo de (ROPA) pero es todavía lo suficientemente fuerte como para dar cuenta de por qué sólo son encajables con el mundo ciertas divisiones y clasificaciones. Sólo podemos ofrecer algunas versiones del mundo, sin pretender jamás agotar con ellas todos sus aspectos ni encontrar “La Versión Correcta”. En una versión habrá sillas como objetos unitarios poseedores de cualidades como color y solidez; en otras, lo que antes era una silla, será una multitud de átomos separados por espacio vacío. Pero, dada la estructura ontológica básica del mundo, no todas las versiones son posibles o igualmente encajables. Hay versiones que le sientan bien a dicha estructura, otras que son forzadas cuando se le aplican y otras finalmente que no le encajan por mucho que queramos. El mundo no está “ya-hecho” o prefabricado desde un punto de vista categorial, pero tampoco es completamente informe desde un punto de vista ontológico. Las estructuras que tratan de imponerle nuestros esquemas conceptuales deben seguir, si han de tener un mínimo éxito, unas líneas maestras que le mundo mismo traza. Seres inteligentes con una mente diferente a la humana y con una historia muy distinta a la nuestra

16 A veces, sin embargo, Putnam parece estar cerca de (ROM) (Putnam 1987, p. 33 y 36). Si algunos hechos son descubiertos y no legislados, si una vez aceptado un esquema conceptual la respuesta a la pregunta ‘¿cuántos objetos hay?’ no depende de nuestra elección, sino de “lo que está ahí fuera”, ¿no es porque eso que está ahí fuera posee caracteres propios y está, de alguna manera, pre-estructurado? No obstante en trabajos recientes ha propuesto el abandono de la ontología, tras la cual considera que está siempre la idea de un mundo independiente y estructurado, y con ella el abandono de la idea de que el término ‘existir’ tiene un significado real (Putnam 2004).

probablemente conceptualizarían el mundo de una forma diferente, pero en su conceptualización, lo que nosotros llamamos ‘piedras’ no podría caer hacia arriba, ni lo que llamamos ‘aceite’ podría disolverse en lo que llamamos ‘agua’ (si es que ellos distinguieran entre ambas). Por tomar este último ejemplo, si el agua y el aceite no se mezclan, parece lógico que cualquier conceptualización del mundo suficientemente fina distinga entre ellos, aunque eso no quiere decir que esa conceptualización deba coincidir con nuestra ciencia química. El mundo posee un orden básico, pero, por otro lado, a ese mundo nosotros aportamos un orden superior: el que introduce nuestra mente, que, sin embargo, no puede hacer lo que quiera con el orden previo del mundo.

Podemos decir con Umberto Eco que con el mundo pasa “como con el buey o la ternera: en civilizaciones diferentes se corta de formas diferentes, por lo cual el nombre de ciertos platos no siempre se traduce fácilmente de una lengua a la otra. Con todo, sería muy difícil concebir un corte que ofreciera al mismo tiempo la extremidad del morro y la cola.” (Eco 1997, p. 63). La ternera o el buey no dictan qué cortes hay que hacer, su naturaleza ontológica es “pre-carniceril” como quien dice, y tolera diferentes posibilidades, pero ambos poseen una estructura que determina que ningún corte puede incluir juntos el morro y la cola¹⁷.

17 Un autor que, según mi opinión, sustenta una posición muy cercana a (ROM) es Alvin Goldman. Puede verse de forma bastante clara en la siguiente cita: “Hay una variedad indefinida de indumentarias que pueden diseñarse para el cuerpo humano, así como hay un número indefinido de categorías, principios de clasificación y formas proposicionales que podrían usarse para describir el mundo. Aunque el cuerpo ciertamente tiene partes, no está preclasificado en unidades cada una de las cuales hayan de ser cubiertas por una prenda distinta. Depende de las costumbres humanas y de la inventiva en los vestidos decidir no sólo las partes a cubrir, sino qué tipo de prendas deben cubrir qué extensión del cuerpo, y si estas prendas deben ser ajustadas u holgadas.” (Goldman 1986, p. 152). También considero cercano a (ROM) el contextualismo realista que Nicholas Rescher expone en su libro *Nature and Understanding* (2000) y,

Conclusiones

La aceptación de un realismo ontológico moderado, según el cual el mundo posee una cierta estructura intrínseca básica pero no acabada desde un punto de vista categorial, es el mejor camino para lograr una armonización entre la relatividad conceptual y la teoría de la verdad como correspondencia, tal como pretenden algunos realistas. Si por el contrario se acepta un realismo ontológico kantiano, que niega al mundo cualquier tipo de estructura propia, se torna imposible entender la verdad como correspondencia al modo realista.

quizás, el “supervenientismo subjetivo” defendido por Mary Kate McGowan (1999), según el cual las propiedades básicas que atribuimos a las cosas estarían objetivamente constreñidas pero no así las propiedades supervinientes, cuyas constricciones dependerían únicamente de nosotros. Por otra parte, la distinción de Niiniluoto entre UFOs e IFOs (ver nota 14) también le sitúa cerca de (ROM), ya que esta distinción parece llevar a reconocer que hay estructuras dependientes de nuestros esquemas conceptuales o lenguajes (L-estructuras), pero también hay un cierto orden óptico. De este modo, el mundo no estaría prefabricado en el sentido de que no nos impone un orden conceptual o lingüístico predeterminado, pero aún así los UFOs poseen un cierto orden propio. Si entendemos esto así, cobraría un sentido más preciso la tesis de Putnam según la cual el mundo hace a la mente y la mente hace al mundo.

Referencias

- Boulter, S. J. (2004) “Metaphysical Realism as a Pre-condition of Visual Perception”, *Biology and Philosophy*, 19, pp. 243-261.
- Diéguez, A. (1998) *Realismo científico. Una introducción al debate actual en filosofía de la ciencia*, Málaga: SPICUM.
- Eco, U. (1997) *Kant y el ornitorrinco*, Barcelona, Lumen.
- Ereshefsky, M. (1998) “Species Pluralism and Anti-Realism”, *Philosophy of Science*, 65, pp. 103-120.
- Giere, R. (1999) *Science without Laws*, Chicago, The University of Chicago Press.
- Gilson, E. (1974) *El realismo metódico*, (trad. V. García Yebra), Madrid: Rialp.
- Goldman, A. (1986) *Epistemology and Cognition*, Cambridge, Mass., Harvard University Press.
- Gregory, R. (1994) “¿Cómo interpretamos las imágenes?”, en H. Barlow *et al.* (eds.) *Imagen y conocimiento*, Barcelona, Crítica, pp. 110-146.
- Haack, S. (1998) *Manifiesto of a Passionate Moderate*, Chicago: The University of Chicago Press.
- Horgan, T. y M. Potrč (2000) “Bobjectivism and Indirect Correspondence”, *Facta Philosophica*, 2, pp. 249-270.
- Kitcher, Ph. (1984) “Species”, *Philosophy of Science*, 51, pp. 308-333.
- Kitcher, Ph. (1993) *The Advancement of Science. Science Without Legend, Objectivity Without Illusions*, New York: Oxford University Press.
- Kitcher, Ph. (2001a) “Real Realism: The Galilean Strategy”, *Philosophical Review*, 110, pp. 151-197.
- Kitcher, Ph. (2001b) *Science, Truth, and Democracy*, New York, Oxford University Press.
- Lakoff, G. (1987) *Women, Fire, and Dangerous Things*, Chicago: The University of Chicago Press.
- Lynch, M. P. (1998), *Truth in Context. An Essay on Pluralism and Objectivity*, Cambridge, Mass.: The MIT Press.
- McGowan, M. K. (1999) “The Metaphysics of Squaring Scientific Realism with Referential Indeterminacy”, *Erkenntnis*, 50, pp. 87-94.
- Moran, D. (2000) “Hilary Putnam and Immanuel Kant: Two ‘Internal Realists’?”, *Synthese*, 123, pp. 65-104.
- Niiniluoto, I. (1984) *Is Science Progressive?*, Dordrecht: Reidel.
- Niiniluoto, I. (1987) *Truthlikeness*, Dordrecht: Reidel.
- Niiniluoto, I. *Critical Scientific Realism*, Oxford: Oxford University Press.
- Palacios, J. (1979) *El idealismo trascendental: Teoría de la verdad*, Madrid, Gredos.
- Pihlström, S. (1996) *Structuring the World. The Issue of Realism and the Nature of Ontological Problems in Classical and Contemporary Pragmatism*, *Acta Philosophica Fennica*, vol. 59.

- Putnam, H. (1978) *Meaning and the Moral Sciences*, London: Routledge & Kegan Paul.
- Putnam, H. (1981) *Reason, Truth and History*, Cambridge: Cambridge University Press.
- Putnam, H. (1983) *Realism and Reason. Philosophical Papers, vol. 3*, Cambridge: Cambridge University Press.
- Putnam, H. (1987) *The Many Faces of Realism*, La Salle, Ill.: Open Court.
- Putnam, H. (1990) *Realism with a Human Face*, Cambridge, Mass.: Harvard University Press.
- Putnam, H. (1994) *Words and Life*, Cambridge, Mass.: Harvard University Press.
- Putnam, H. (1999) *The Threefold Cord*, New York, Columbia University Press.
- Putnam, H. (2004), *Ethics without Ontology*, Cambridge, Mass.: Harvard University Press.
- Rescher, N. (2000) *Nature and Understanding*, Oxford, Clarendon Press.
- Shankey, H. (2002) "Realism, Method, and Truth", en M. Marsonet (ed.), *The Problem of Realism*, Aldershot: Ashgate, pp. 64-81.
- Stanford, P. (1995) "For Pluralism and Against Realism about Species", *Philosophy of Science*, 62, pp. 70-91.
- Toulmin, S. (1953) *The Philosophy of Science*, London, Hutchinson University Library.
- Tuomela, R. (1985) *Science, Action, and Reality*, Dordrecht: Reidel.